

La separación

ANA SEGHERS*

Luisa esperaba en la pasarela. Desde allí se podía viajar en el barquito de vapor a la isla de enfrente. Luego necesitaría sólo media hora de camino hasta la escuela Santa Dolores. Por una serie de felices casualidades, pero, más que nada, gracias a la diligencia de su amiga Sofía, desde hacía cinco años una cantidad creciente de niños asistía a la escuela; la mayoría de ellos eran hijos de pudientes comerciantes que tenían sus negocios en el muelle y sus casas a la orilla del mar.

En cuanto el barco abandonó la pasarela, los pasajeros se aglomeraron en la cubierta. Apenas miraban hacia alta mar. Los botes de pesca pululaban en la amplia bahía. Algunos pasajeros daban su opinión sobre el posible éxito de los pescadores. El que tuviera suerte vendería de inmediato el botín fresco en el mercado, si es que no había sido reservado por algunas familias o restaurantes. Los pasajeros miraban con especial interés aquellos botes que hacían escala en una isla tras otra, la mayoría yermas, a menudo pobladas, que pertenecían a propietarios acaudalados. Había también islas minúsculas con lugar apenas para alguna cabaña solitaria. Estas habían sido arrasadas por el mar dos veces aquel año, cuando sopló embravecido el noroeste. Los pasajeros conocían a todos los propietarios y por eso las conversaciones se hicieron animadas.

Nadie había reparado en un solitario barco en el mar, un punto que terminó desprendiéndose de otros puntos. Sólo Luisa retenía este punto bajo su mirada, ininterrumpidamente, desde el momento mismo de su partida. Cerca de ella un pasajero comentó: "Ese viaja a México. Una vez al mes. El que quiera ir a los Estados Uni-

* 1900 - 1983. Novelista y escritora de la República Democrática Alemana, presidenta de la Unión de Escritores de la RDA hasta 1980, autora de la gran novela "La Séptima Cruz", laureada en Francia, México y otros países.

dos, debe seguir viaje desde allí hasta la Florida". Otras particularidades no fueron mencionadas. A nadie se le ocurrió pensar que ese viaje a la Florida, pasando por México, pudiera ser la primera etapa de un viaje a Cuba.

Cuando el barco desapareció de súbito detrás del horizonte, el rostro de Luisa estaba húmedo de lágrimas. Ella misma no había reparado en que su llanto se había hecho más intenso. No podía dominarse, su corazón estaba a punto de romperse.

Una mujer ya vieja, a quien Luisa no había prestado atención durante el viaje, se le acercó y le preguntó: "¿Hija, te pasa algo?".

"Nada, gracias", repuso Luisa dominándose de inmediato, "fue la despedida de mi madre. Está muy enferma".

La vieja quiso pronunciar alguna frase de consuelo, pero era el momento de atracar y Luisa se despidió de prisa; quería hacer sola el camino a la escuela Santa Dolores.

Al aviso de su llegada, Sofía salió del aula. Su amiga había llegado de pronto, le dijeron; Sofía se asombró por un momento, porque Luisa estaba empleada en el establecimiento de López y siempre tenía mucho que hacer. Ahora se asustó al mirar su rostro: una belleza desacostumbrada, seca, congelada.

Sin saludarla, Luisa le dijo: "Cristobal se ha ido con Felipe. Recibieron permiso de salida. Vi cuando su barco desapareció en el horizonte. ¿Cómo podría explicártelo?. La tierra es redonda y el barco desapareció súbitamente; quizás no le veré nunca más". Las lágrimas corrían otra vez por su rostro. Este intenso llanto fue tan sorpresivo que Sofía le dijo con dureza: "Alégrate de que se marchó a tiempo".

Volvió a su clase. Luisa pensó en voz alta: No lo volveré a ver nunca más. El mismo era el puntico que desapareció hace tres horas. Es cierto que si lo hubieran capturado aquí, habría sido el final. Mi corazón se habría destrozado. Se destroza siempre.

Algunas semanas después estaba sentada con su amiga, la maestra Sofía, en el muelle de San Antón. A su alrededor sonaban guitarras, cantos, insultos. Luisa miraba el horizonte como si le fuera posible hacer regresar el barco que había desaparecido de su vista.

Cristóbal desembarcaría aquí, en el muelle de San Antón, ella lo abrazaría y riendo se alejarían rumbo a la ciudad. Como adivinando sus pensamientos, la maestra dijo: “No lo verás más. Incluso si lo llegas a ver en alguna parte, harás como si no lo hubieras visto nunca”.

De pronto, Luisa escuchó desde muy cerca la canción preferida de Cristóbal: “Tú, Haití, hija del mar y de Colón”.

“No has escuchado jamás esa canción”, dijo Sofía, “ni ahora ni antes. Sí, él llegó a Cuba. Me enteré. Se entregó de lleno al trabajo. Espera regresar después de dos años de estudio, para enseñar aquí lo que ha aprendido”.

Luisa pensó: Después de dos meses comprenderá que cometió un error. Sentirá que su lugar es éste, que me pertenece; quizás ya pensaba en eso cuando lo vi desaparecer. Ya debe estar arrepentido de haberse dejado convencer y haberse alejado. Pronto nos volveremos a ver.

Al año siguiente, Luisa se encontraba sentada con Ana, su antigua compañera de escuela, en el nuevo café frente al museo africano. Intentaba leer las notas que Ana había escrito en una servilleta. Ana preparaba su examen. La familia de Luisa no había podido reunir el dinero para la escuela de música; sólo le había alcanzado para un curso en el escuela de comercio. Ella era trabajadora, concienzuda y leal. López, su patrón, necesitaba empleados eficientes. A Luisa nunca se le había visto frecuentar ningún lugar de diversiones. Incluso con Cristóbal sólo se había encontrado en lugares apartados.

De repente, en el nuevo café se oyó tatarrear una canción: “Tú, Haití, hija del mar y de Colón”.

Rápidamente Luisa escribió las notas de la canción en una servilleta y puso sobre ella el vaso de café helado. Temblaba hasta lo más hondo, sin atrever a volverse. Quiso indicarle a Ana la mesa en la que debería poner el vaso y la servilleta.

De pronto, unos mocetones negros de anteojos oscuros se precipitaron en el interior del café: la temible policía estatal. El pueblo los conocía como a los diablos vudú. Papá Doc había sido el primero en ponerlos en acción; ahora, su hijo, Bebé Doc, los ocupa-

ba de manera permanente. Luisa escuchó golpes, vasos hechos tri-
zas, y un graznido: "No crean que pueden reunirse con sus mujeres
cuando y como les convenga".

Pasaron por su lado arrastrando al joven que ocupaba la mesa veci-
na. A pesar de su terror, Luisa vio que se trataba de un desconoci-
do. Destruyó la hoja de papel con las notas.

Juan, un camarero con botones dorados en la chaqueta, se acercó
a su mesa. "Por favor, pague el consumo de nuestro amigo: se fue
un momento antes de que arrestaran a su acompañante". Luisa lo
miró con asombro. Su amiga ya había abandonado el café con el
resto de los parroquianos. Otros nuevos, que no se habían perca-
tado del incidente, ocuparon con presteza los lugares vacíos.
Luisa abonó la pequeña suma. Al hacerlo, Juan, el camarero, se
fijó en su mano herida. Era evidente que había apretado sus
manos con enorme fuerza. El camarero pensó casi con ternura,
como si se tratara de un familiar, que la herida le molestaría en el
trabajo.

Se fue a la caja, entregó el dinero recibido, y le dijo al patrón:
"Hasta mañana". Desapareció rápidamente.

Luisa permaneció todavía un rato en el lugar reflexionando. Desde
la cocina salió una muchacha muy joven y se acercó a ella con paso
ligero. Era una hermosura extraordinaria. Alguien le preguntó a
otro quién podría ser. "La hija de Juan, Susana". Ella recogió los
vasos de la mesa de Luisa y le dijo: "Mi padre la espera en el mue-
lle de San Antón".

Luisa se encaminó al lugar que le habían indicado. Juan la miró
fijo: "Su Cristóbal ha tenido otra vez suerte. Se encontró en nues-
tro café con alguien a quien se le hizo sospechoso, pero pudo esca-
par. Salió en el primer barco que encontró. Hábil como es, pronto
encontrará en Florida el contacto correcto".

"¿Cuándo regresará?"

"Ojalá que no sea pronto, si las cosas siguen como van. Con toda
seguridad fue detectado. ¿Y qué dirá su amigo, al que agarraron,
sobre él?"

Los ojos de Luisa estaban secos como yesca. Dijo: "Cuándo cree
usted que las cosas cambien aquí?"

“Cuando nuestro Bebé Doc ya no exista. O quizás ni siquiera con eso. Para nosotros, el mayor peligro ahora es el vudú, que se hace pasar por religión del pueblo. El vudú odia a los católicos y los católicos odian el vudú”.

“Desde que mi amigo se fue, no entiendo muchas cosas: él me lo explicaba todo”.

“No te cuidas, muchacha. Tienes que seguir siendo como él quiere; de otra manera dejará de sentir amor por tí”.

“Explíqueme Juan”.

“¿Qué hay que explicar?. Papa Doc pensó hacer algo bueno para los paganos. Elevó las viejas supersticiones, el vudú a religión del Estado. Cuando éramos esclavos, el vudú significó para nosotros algo muy distinto. Los antiguos dioses vudú nos llamaban a la selva por la noche. Cantábamos y bailábamos. Maldecíamos a los señores que no nos permitían ni un sólo momento de felicidad. Todo ha cambiado desde entonces. Bebé Doc, su hijo, desea que otra vez cantemos las viejas canciones paganas, las mismas que cantábamos cuando éramos esclavos. “Esclavos o asalariados, no por eso la vida se hace más fácil”.

“¿Y Bebé Doc, en qué cree?”.

“En lo que le signifique más dinero. Ahora, los cristianos deben bajar la cabeza cada vez que le den una limosna a un pobre; pero los pobres son tan ignorantes, que ruegan a los dioses paganos junto a sus señores, los Duvalier. Ellos, por su parte, tienen miedo de que aquí surja una nueva Cuba”.

Luisa dijo: “¿Cristóbal se encuentra lejos?”.

“Creo que ya está a salvo. Es uno de los que tienen suerte”.

“Tu hija es muy hermosa. Ojalá que en el amor sea más feliz que yo”. “Ambas deben ser felices. No se puede vivir sin felicidad”.

Desde entonces, Luisa visitó sola al café frente al museo africano. Allí, Susana le decía donde la esperaba su padre, Juan le decía: “En todo momento debes imaginarte que es Cristóbal el que te lo pide”.

Desde su ventanillo Luisa podía observar cada cliente que entraba en el negocio de López. Y López mismo pensaba algunas veces asombrado: ¿Qué obliga a esta hermosa muchacha a malgastar su tiempo en mi oficina?.

Ella podía hacer una pausa en el trabajo y observar con detenimiento a la gente que pasaba a hablar con su jefe.

Esa vez se consternó cuando de la pieza vecina le llegó una voz conocida. Le siguieron exclamaciones y abrazos.

“Envíame todo a la plaza Melchor Ocampo número 9”.

“¿Ese es tu nuevo domicilio?”.

“Sí, nos hemos instalado definitivamente. Mania comprende que debo vivir aquí. Su padre le consiente todos sus deseos. Sin su ayuda no habríamos podido crear la biblioteca, en la que se puede pedir casi todo lo que tú quieras, francés, inglés, español, incluso ruso. El Partido no lo habría logrado nunca por sus propios medios. La biblioteca abre tres veces a la semana. Los domingos también se dictan conferencias”.

Abandonaron el local. Luisa tomó al azar un pañuelo y se lo anudó en la cabeza. Caminó detrás de ellos hasta la pasarela; luego los siguió a través de los puentes que conducían a los barcos; ocultaba por completo su rostro con el pañuelo. Escuchaba a los hombres con gran atención.

López dijo: “Mira, el barco ese en el horizonte está al desaparecer. Ya has hecho dos veces el mismo viaje. ¿Te gustaría hacerlo de nuevo?”.

“Sí y no”, repuso Cristóbal, “sí y no”. Y agregó después de una corta pausa: “Pertenezco a este lugar ¿entiendes?. Quizás muerto a golpes, tal vez sangrando en una cuneta, pero en este lugar. ¿Me entiendes?”.

López no dijo nada.

“Con nuestra biblioteca hemos logrado más de lo que hubiéramos podido soñar. No nos debe preocupar si la gente sospecha que el padre de Mania tiene algo que ver con esto. Mania sabe convencerlo. Es una gran ganancia para nuestro torturado país”.

Hasta ese momento el corazón de Luisa había callado. De pronto despertó a una vida difícil de soportar.

Luisa le preguntó a Juan, con quien se encontraba con frecuencia: “Dime la verdad, ¿crees que regresó para utilizar el dinero de su suegro en favor de nuestro país?”.

Juan dijo: “¿O quizás por ti. También es posible que haya regresado por ambas cosas. En todo caso, no debes molestarlo con tales preguntas ¿entiendes?”.

El señor López le ordenó a Luisa dirigirse a la plaza Melchor Ocampo para comprobar si el pedido de casa de Cristóbal había sido correctamente despachado.

Pero Luisa repuso que a esa hora tenía que hacer en la ciudad, que comprobaría el despacho en el momento del empaque. No creía que Cristóbal la hubiese visto, ni que supiera que ella trabajaba con López. Cristóbal, por su parte, no sabía que Luisa estaba enterada de su regreso casado con una mujer rica y hermosa.

En todo caso, también era posible que cada uno supiera algo y sintiera nostalgia por el otro.

Un domingo por la mañana, ante la mirada de Luisa, Cristóbal y su mujer subieron las escaleras de la biblioteca. Luisa pudo comprobar lo hermosas que eran las piernas de Mania y lo bien vestida que iba.

A esa hora, los tonton-macoutes —la policía secreta— comenzaron a actuar en la ciudad. En talleres, casas y chozas, en salas y fábricas. Asaltaron bibliotecas, pisotearon libros, agarraron al azar algunas personas, las empujaron escaleras abajo y las metieron en camiones. Cruzaron la ciudad a toda velocidad, hasta la cárcel central, entre alaridos y vivas a los Duvalier.

Cristóbal y Mania no fueron molestados. Dos policías los obligaron a montar en su auto particular. Al lado del chofer se sentó un policía de anteojos ahumados. Los condujeron al muelle Florida y allí los embarcaron.

Luisa fue conducida a un interrogatorio. Esperó indiferente, sin miedo; tal vez debió de haberse sentido perpleja, pero en ese momento poseía sólo una escasa capacidad de asombro. Le preguntaron quién le había recomendado esa biblioteca, quién era la bibliotecaria y donde la había conocido. Luisa se encogió de hombros. Cuando de nuevo repitió el movimiento sintió el golpe de un látigo que desgarró su vestido; luego un segundo golpe que no habría podido decir quién lo propinaba, porque los que la golpeaban se encontraban a sus espaldas, con la ropa hecha jirones

fue arrastrada a una celda maloliente en la que algunos lloraban y gemían. Sin embargo, saliendo del estupor, sintió cierto orgullo de haber callado. "Cuando Juan se entere se enorgullecerá de mí". No pensó en Cristóbal, sino en Juan. Le parecía que los verdugones de los latigazos ya no le ardían tanto, que las quejas de la celda se iban acallando.

Para vejar a algunos presos de manera indiscriminada y con esto mantenerlos atemorizados, de vez en cuando le ordenaban a éste o aquél que vaciara el pozo negro, e, incluso, que lo limpiara. Encima de ellos, en una rampa donde el hedor era más débil, había siempre algunos guardianes sonriendo ante el escarnio, divirtiéndose cuando un hermoso rostro o un brazo desnudo se ensuciaba.

Un día, por razón de una protesta u otro motivo cualquiera, una prisionera fue bajada al pozo atada con una cuerda. Ante el asombro de los vigilantes, la muchacha se desprendió rápidamente de los ganchos que la sujetaban por la cintura. Se hundió de inmediato en la inmundicia hasta el pecho. Tomó la pala de mango largo y se dirigió a Luisa. Esta la reconoció en el acto, porque la muchacha había trabajado hacía meses o semanas en la empresa de López. Luisa intuyó que Amalia —así se llamaba la muchacha— quería decirle algo importante. Cuando estuvo junto a ella, casi inconsciente por el hedor, se inclinó hacia Luisa: "Pronto llegará el fin de la pandilla Duvalier. Dicen que Bebé Doc agoniza; tampoco a él lo perdonó la viruela".

"¿Y después?"

"Cualquier cosa será mejor. En todo caso, será otra cosa".

Pronto los prisioneros advirtieron cómo los guardianes, sospechando su final, descargaban contra ello su miedo convertido en furia.

Cristóbal se había trasladado a Francia. Sentado con Mania en un café del boulevard St. Michel, en París, leía y releía una carta de casa.

"¿Qué hay de nuevo", preguntó su mujer.

"Nada nuevo", dijo, y, después de una vacilación, agregó: "Mania, creo que hemos permanecido demasiado tiempo fuera de casa".

La joven dijo consternada: "¿Por qué? Aquí tenemos paz y tranquilidad. ¿A qué llamas tú "casa"? ¿A Haití? Eso es sólo amenaza y terror. ¿Qué quieres hacer allá?. ¿Has olvidado lo que

te espera?. Imagínate tan sólo que recojas un libro de una biblioteca clandestina. Si te sorprenden te van a encarcelar. No puedes imaginar qué país es ese. Es como si ahora, por ejemplo, entráramos en una librería, en esa de enfrente, y nos detuvieran y nos llevaran”.

Cristóbal escucha divertido. Respondió: “¡No lo creo!. Tu padre nos ayudaría mientras existan Duvalier. Contando con tal protección, ¿por qué no hacer lo justo por el país, en casa?”.

“¿Hacer lo justo?. ¿Por el país?. ¿En casa?”, repitió Mania asombrada.

Dos africanos de habla española, con sus carteras de estudiantes, pasaron junto a ellos a través del dorado temblor del aire otoñal. Uno dijo: “¡Mira qué hermosura!”. Mania entendió sus palabras aún cuando habían sido pronunciadas en español. Sus ojos relampaguearon.

“¿Sabes una cosa?”, dijo Cristobal, “quizás sea mejor que yo viaje primero. Cuando tu padre y yo entendamos que la situación es más soportable, entonces podrás regresar”.

Mania calló un instante. Entonces no pudo contenerse: No me van a convencer. Tal vez tú tengas alguna razón particular para querer volver a esa isla terrible. Quizás tengas allá una amiga. Puedes decirlo con franqueza”.

Cristóbal repuso: “No. Si fuera así, no habría viajado tan lejos ni por tanto tiempo”.

Los prisioneros se habían precipitado hacia la libertad después que la puerta de la prisión y las de las celdas fueron voladas. Si no estaban golpeados o débiles hasta el punto de que sus familiares tuvieran que llevarlos a casa, se incorporaban a la masa humana, a su júbilo y a sus cantos; creían firmemente que les esperaba una vida nueva, diferente por completo a la antigua, a la insostenible.

En la prisión habían varios guardias que se distinguían por su crueldad y que se mantuvieron ocultos en diferentes escondrijos. Cuando la marea humana se alejó de la prisión —arrastrando consigo a todos los que habían estado prisioneros y que habían sufrido interrogatorios y torturas— y decidió asaltar la prisión central

que se hallaba junto al mar, los torturadores y guardias sabían lo que les esperaba. Sabían además que en esa prisión existían celdas para prisioneros especiales. Cuando la manifestación triunfal desapareció de la calle, estos guardianes lograron hacer lo que las masas les habían impedido. Abrieron las celdas secretas y golpearon a los prisioneros olvidados, los torturaron y mutilaron. Luego, huyeron a través de patios y pasajes que ellos conocían.

Entre cantos y júbilo, la triunfal manifestación se desplazaba por la calle principal. Cristóbal reconoció a Juan por su chaqueta de botones dorados; juntos se incorporaron a la marcha; Juan no había encontrado ni entre los prisioneros supervivientes ni entre los asesinados a la mujer que buscaba con desesperación.

Juan dijo: “Te vi con frecuencia en el café frente al museo africano”, después de una vacilación agregó: “¿Regresaste de Cuba para la liberación?”. En su voz había un dejo de ironía que Cristóbal no comprendió de inmediato. ¿Llegaste para liberarnos o después?”. Continuó diciendo: “Allí te serví por última vez. A tu amigo se lo llevaron. Lo que le pasó a tu novia no lo sé”.

“¿Qué novia?”.

“Luisa. Espero que la encontremos. Debe estar oculta pues no se encontraba en ninguna de las celdas. Puede estar en algún agujero de los sótanos. ¿Y si la han cambiado de lugar?. ¿O asesinado?”

Cristóbal sintió un escalofrío en la espalda. Se hundió en el mutismo.

La columna de manifestantes había desembocado en el malecón; cantaban y parlotaban: “Uno nuevo vendrá; nieto de Doc no será”.

Algunos vaporcitos zarpaban hacia la península de Saint Jacques. Allí se encontraba la prisión central, la que se podía ver desde el mar; se asentaba en un acantilado cortado a pique inaccesible, con murallas lisas. Las celdas no tenían ventanas, salvo unos agujeros, a través de los cuales se podían mirar los adoquines del patio. Esa prisión, desde los tiempos de Papá Doc, era la más odiada de todas. Cada prisionero sabía y sentía cuán cerca se encontraba la Cuba liberada: apenas un viajecito en barco por detrás de los muros sin ventanas. Por este hecho, el dolor de los prisioneros era todavía mayor.

En su esperanza y, al mismo tiempo, con el amor de encontrar a Luisa en aquel lugar, Cristóbal y Juan se precipitaron rompiendo las líneas de los que esperaban partir en el primer vapor. Sin embargo, un poco antes de llegar a la pasarela ambos detuvieron el paso. De pronto se miraron a los ojos.

Con la cabeza baja, Cristóbal se aferró al brazo de Juan al escuchar un rumor apenas audible que llegaba desde la ciudad. Atormentados lamentos, apagados a veces por los diálogos cercanos, a veces claros, nítidos, llegaban a ellos desde el lugar que recién habían abandonado.

Cristóbal preguntó: “¿Oyes?”.

Después de un breve silencio, Juan dijo: “Sí, ahora lo oigo”. No se sorprendió de modo alguno cuando Cristóbal se volvió en vez de subir al primer bote. Retrocedieron abriéndose paso con todas sus fuerzas. Los manifestantes preguntaban iracundos: “¿Adónde?. ¿Por qué regresan?”. Insultaban indignados; luego, las filas volvieron a cerrarse. Juan y Cristóbal lograron pasar hasta encontrarse de nuevo frente a las puertas de la vieja prisión.

Mostraron a los guardias —éstos eran ahora, guardias del pueblo— algunos papeles. Ambos penetraron otra vez en la prisión, que una hora antes habían asaltado junto a la masa popular. Cristóbal volvió a aferrarse al brazo de Juan. Volvieron a mirarse. No muy fuerte, pero perceptible, ambos escucharon: “¡No me dejen sola!”.

Bajaron a los sótanos. Después de un momento, Juan dijo: “Otra vez lo oigo”.

“Yo también”, dijo Cristóbal.

Siguieron el rumor de un lamento que escucharon o creyeron escuchar. “No se vayan! ¡No se vayan!”. Luego, otra vez la calma como si todo hubiera sido un sueño; volvieron a cruzar el frío corredor en vana búsqueda. En el suelo había ropas desgarradas, sanguinolentas. Con toda seguridad, allí habían golpeado o ultimado a algunos prisioneros.

El sótano quedó en silencio. Cristóbal y Juan se quedaron frente a frente, desorientados. ¿Volver?. ¿Había sido sólo una pesadilla?. Escucharon entonces en la cercanía inmediata: “Aquí estoy. No se vayan”.

Juan, que siempre reaccionaba antes que Cristóbal, dijo decidido:

“Aquí estamos, Luisa. No tengas miedo. Te llevaremos”.

En el corredor del sótano había cadáveres mutilados. La sangre fluía del vientre y del rostro de una muchacha. Se encontraba demasiado débil para moverse. Se la podría haber tenido por muerta. Cristóbal intentó apartar los cabellos pegados a su rostro. Quedó petrificado ante lo que descubrió. Tembló de miedo y horror. Con cuidado, Juan tomó su mano. Le pareció que algunos de sus dedos habían sido machacados. Dijo con decisión: “Es Luisa. La reconozco por sus dedos”.

“¿Estás seguro?”, preguntó Cristóbal.

Luisa se encogió de dolor, aun cuando apenas la habían tocado. Juan dijo: “Con frecuencia iba por mí café. Entre miles de manos reconocería las suyas”. Su hermoso rostro de antes estaba desfigurado, destrozado.

Sacaron a Luisa de la prisión. Juan insistió. “Las llevaremos a mi casa”.

Quisieron lavar de algún modo las costras de sangre de su rostro. Luisa se quejaba ante el menor movimiento.

Juan conocía a un médico que era demasiado viejo para participar en las manifestaciones. Lo fueron a buscar. El limpió las heridas más serias. Con cuidado, pudo hacerla hablar.

Ahora yacía en la cabaña de Juan, inmóvil, muda. Cristóbal temblaba cuando le preguntó a Juan: “De veras crees que sea ella?”.

“Lo sé”, repuso él, “la conozco por los dedos. Con frecuencia me pagaba el café. A veces le encendía sus cigarrillos”.

Luisa suspiraba, a pesar de que Cristóbal la rozaba apenas, su rostro se contraía en una mueca de dolor.

Susana regresó de la escuela. Ya sabía lo que había ocurrido en la ciudad y también a quien cobijaban sus padres. Fue presa del horror al echarle la primera mirada a Luisa. Pronto se convirtió en su mejor enfermera.

La vida en Haití se hacía más tranquila. Por supuesto que no podía saberse cómo se iba a configurar en definitiva. Juan y Cristóbal discutían con muchos amigos, con todos los que se

reunían; todavía hablaban de los hechos con cierto recerlo. ¿Permanecería el vudú como la religión del estado, la que en tiempos de la esclavitud había llevado a los negros a la selva?. Por lo pronto, el presidente no sólo lo había tolerado sino fomentado. ¿Podrían coexistir ambos, la antigua fe esclava y el cristianismo católico?.

A excepción de aquellos que permanecían ociosos en el puerto o que hacían colas en espera de un trabajo, todos volvieron a sus antiguas ocupaciones. Cristóbal fue nombrado director de una escuela en el centro de la ciudad. Juan volvió a su puesto de camarero en el café frente al museo africano; la biblioteca que anteriormente había escondido libros prohibidos, los tenía ahora como parte principal de sus catálogos.

Luisa quedó como inalterable testigo de las persecuciones y torturas que había tenido que soportar. Su rostro se hacía calmo y feliz cuando Cristóbal acariciaba su mano mutilada. Estaba todavía tan débil que cada caricia, antes que una alegría era una verdadera tortura. Que esperaba por Cristóbal a una determinada hora del día podía ser leído en su rostro, a pesar de que éste había quedado convertido en una máscara por las torturas. Sólo Susana comprendía lo que pasaba por ella.

Para que Luisa pudiera reposar en calma en la cabaña del padre de Susana, se había aislado una parte del cuarto con cañas de bambú. Sofía, la maestra, la visitaba con alguna frecuencia. Y cada vez tenía que contener el horror al mirar a su amiga. Habló con Cristóbal. “¿Cómo piensas que marchará lo de ustedes?. ¿No pensarás compartir el mismo lecho con ella?. Tendrías que buscar a diario fuerzas para soportar su presencia. Piénsalo”.

En otra oportunidad, Juan habló con su amigo. A su café, le dijo, hacía tiempo acudía una norteamericana. A raíz de un accidente automovilístico, su rostro había quedado desfigurado. Ella regresó entonces a su patria y se hizo tratar por un médico famoso, quien, por decirlo así, había remodelado su rostro. A su regreso, era aún más hermosa que antes del accidente. De seguro que no sería difícil encontrar a uno de esos médicos.

“¡Jamás le haría a Luisa algo semejante! Por el contrario. Me siento orgulloso de estas cicatrices; el que las mire, sabe de dónde provienen”.

Juan callaba.

En algunas ocasiones, Luisa podía levantarse y prestarle alguna pequeña ayuda a la mujer de Juan. Se alegraba cuando lo hacía, pero invariablemente debía esforzarse en ocultar lo rápido que se agotaba.

Necesitaba todas sus fuerzas para recibir a Cristóbal de pie y no acostada.

Juan y su mujer habían reparado en todo esto. Se preocupaban por un futuro que pronto surgiría frente a ellos, que, en verdad, ya estaba allí. Su hija Susana había escuchado también, o, en parte, había adivinado, los comentarios que giraban en torno a ella. Con frecuencia, sus padres habían observado que Cristóbal miraba maravillado a la muchacha o que intentaba rozar su brazo.

Una vez Susana llevó la comida para Luisa y Cristóbal, y Luisa dijo con voz clara y firme: “Quiero decirles algo. Por favor, quédense junto a mi lecho”.

“Nos queremos los tres. Cristóbal, tú sabes lo desesperada que estuve aquella vez que viajaste a Cuba y tuvimos que separarnos.

Quizás mi desesperación fue todavía mayor cuando regresaste y pronto te volviste a marchar, esta vez con otra mujer. Juan lo comprendió todo cuando detuvieron a Paolo, y tú, Cristóbal, te alejaste de nuevo. Creímos que por años.

“Ahora has vuelto para encontrarte con el ser mutilado y deforme que soy y que seguiré siendo”.

Susana intentó calmar a Luisa que había hablado demasiado. En la agitación, su rostro mutilado se desfiguraba aún más y se hacía casi grotesco.

“Escúchenme, sin alegría no se puede vivir. Cristóbal, tú necesitas a Susana. Para mí sería una gran dicha poder permanecer junto a ustedes, de modo que Susana pudiera seguir junto a mí como hasta ahora. Eso sería mi mayor felicidad”.

Susana y Cristóbal no dijeron nada. Tampoco Luisa había esperado una respuesta inmediata. Fingió quedarse dormida.

Desde un rincón de la cabaña, apartado del lugar que ocupara Luisa, los padres de Susana escucharon aquella conversación y otras semejantes en las noches que siguieron. Les disgustaba la sola

posibilidad de tal matrimonio, al cual les parecía que Susana no se oponía como era debido. A pesar de que al comienzo Cristóbal rechazó la idea con vehemencia, después reflexionó frecuentemente sobre ella y dejó de rechazarla. A los padres de Susana, tal relación les parecía imposible. Según su opinión, abandonar a la mujer así, era vergonzoso. Pero esa idea perdía de vista un valor en el que descansaba la salvación de Luisa.

Con un esfuerzo que la dejaba agotada, Luisa les hacía ver con claridad lo que para los padres de Susana estaba más que claro: Susana y Cristóbal se correspondían. Para ella, para Luisa, esa unión sería una gran alegría.

Los vecinos hicieron muchos comentarios cuando la nueva forma de ver las cosas se impuso. Sin embargo, la aceptaron cuando Cristóbal y Susana se convirtieron en marido y mujer, y Luisa quedó a su cuidado.

Cierta vez, Cristóbal se encontró con el padre de Mania. Este le contó que su hija había encontrado un nuevo amor en París. Ya no quería regresar.

Con frecuencia, al regreso de su trabajo en el café, Juan se sentaba junto a Luisa, y, para alegrarla le contaba historias de su extravagante clientela. Le indagaba sutilmente o intentaba adivinar cómo se sentía en su nueva vida.

Cierto día, Luisa cambió el tono de la conversación y le dijo con esa sonrisa que iluminaba su rostro sin llegar a embellecerlo: “¿No me decías que no se puede vivir sin alegría?. Existe una alegría que brota del hombre, y que puede sobresaltarlo y al mismo tiempo hacerlo feliz”.

Juan bajó su vista cansada. No dio ninguna respuesta a los pensamientos de Luisa.

En el breve tiempo lluvioso, que precede al calor seco, antes de la larga temporada de lluvias, Luisa fue requerida por todos para que guardara cama. No obstante, cuando se encontró a solas—Cristóbal estaba en la escuela y Susana en el mercado— quiso salir a tomar aire puro. Pronto comenzó a toser; el médico ya no pudo ayudarla. La tos la martirizó casi tanto como las torturas. Para ella fue un alivio poder morir tan rápido. Se le tributó un honroso funeral en el que participaron todos los que habían compartido sus ideas, y también aquellos que, al participar, permitieron que esas ideas germinaran en ellos.